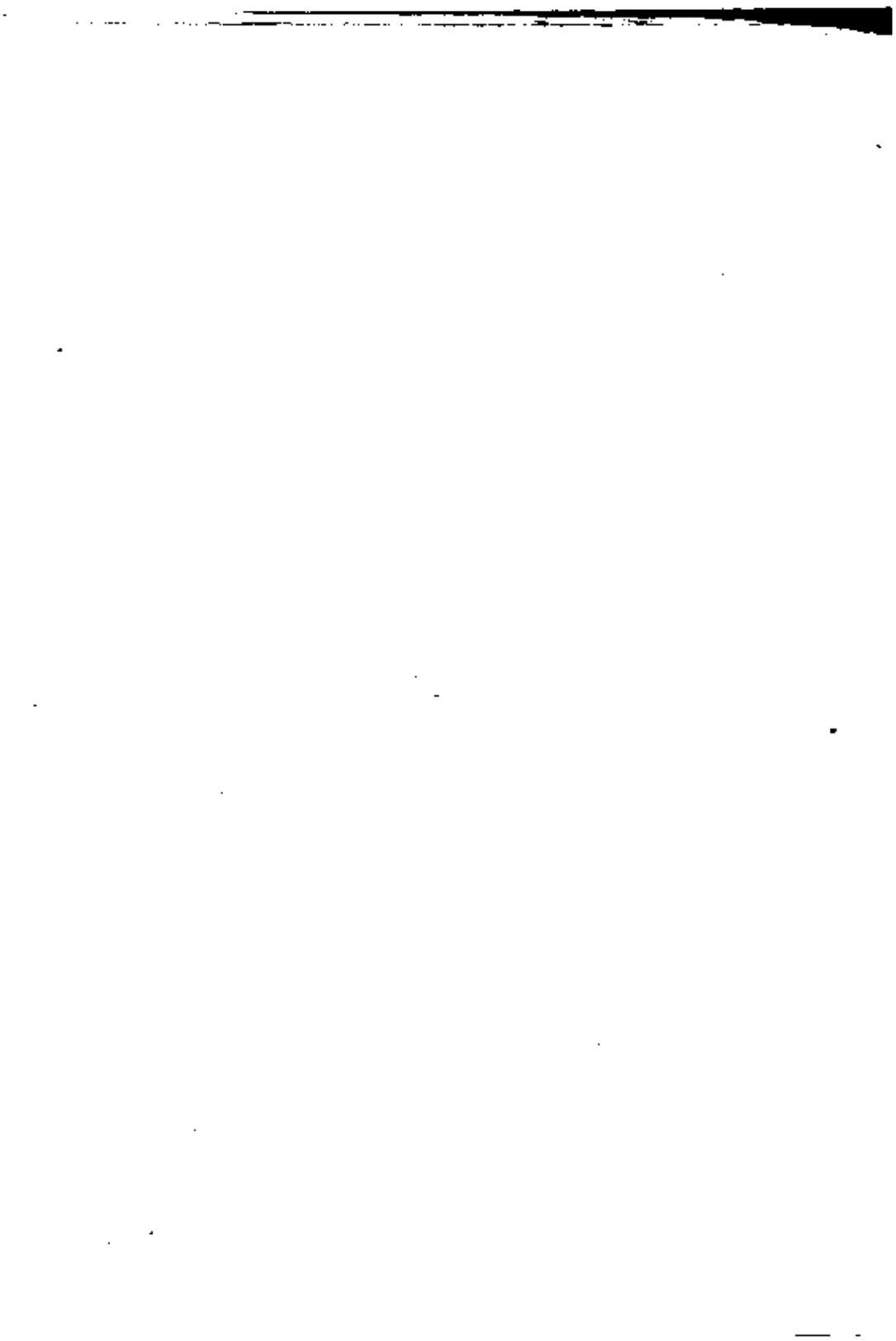


**RELACION DE MILES PHILLIPS**



## N O T A

A partir del número 3 correspondiente al tomo XX de este Boletín, hemos venido publicando el proceso de Miles Philips, de la copia hecha hace algunos años, que ha permitido que el documento se conozca, ya que ahora se encuentra totalmente destruido por la acción de algún parásito que ha dado cuenta de él a través de los años.

Hemos creído que sería muy interesante para los lectores de nuestra publicación, reproducir la relación que el propio Philips escribió después de su aventura en México, y que fué publicada en inglés por Ricardo Hakluyt y en español por don Joaquín García Icazbalceta, en el tomo 14 de la Biblioteca de Autores Mexicanos. (OBRAS DE DON JOAQUÍN GARCÍA ICAZBALCETA, tomo VII, opúsculos varios.) Así podrán los estudiosos darse cuenta de la versión tanto inglesa como española del proceso. Las relaciones de Hakluyt y la traducción de García Icazbalceta son ahora difíciles de encontrar y bien vale la pena reproducirla como complemento de la edición de un proceso que tiene interés por sí mismo y que viene a acrecentar el número de los publicados en el tomo de las publicaciones del Archivo General de la Nación realizado en cooperación con la Universidad Nacional Autónoma de México, que se intitula **CORSARIOS FRANCESES E INGLESES EN LA INQUISICION DE LA NUEVA ESPAÑA, siglo XVI.** México, 1945.

J. J. R.



Relación escrita por Miles Philipps, inglés, uno de los que en 1568 desembarcó Sir Hawkins en la costa al Norte de Pánuco, en las Islas Occidentales. Contiene muchas cosas particulares de aquella tierra y del gobierno español; pero especialmente de sus crueldades con los ingleses y en particular con el autor, por espacio de quince o diez y seis años continuos, hasta que por medios eficaces y felices se vió libre de sus manos, y volvió a su patria. Año de 1582.

## CAPITULO I

Donde se refiere cómo y cuándo salimos de Inglaterra. el número y nombre de los buques, sus capitanes y maestros, y nuestros tratos y hechos en la costa de Africa.

El lunes 2 de octubre de 1567, como el tiempo estuviérase bastante bueno, nuestro general Mr. Juan Hawkins después de prevenir a todos los capitanes y maestros que estuviesen listos para partir, y hallándose ya él a bordo del "Jesús" del que era maestro Roberto Barret, dió a la vela y salió de Plinnouth, y comenzando su proyectado viaje a las costas de Africa y América. Llevaba otros cinco buques, a saber: el "Minión", cuyo capitán era Mr. Juan Hampton, y maestro Juan Garret; el "William and John" capitán Tomás Bolton, y maestro Jacobo Raunce; el "Judith" de que era capitán Mr. Francisco Drake (que después fué hecho caballero), y el "Angel", cuyo maestro, así como el capitán y maestro del "Swallon" no recuerdo quiénes eran. Seguimos así juntos nuestro viaje, hasta el 10 del mismo mes, en que nos sobrevino una furiosa tormenta, cerca del cabo Finisterre, la cual duró por espacio de cuatro días y separó de tal modo los buques, que mutuamente nos perdimos de vista. Nuestro general, viendo que el "Jesús" se halla-

ba en mal estado, pensó abandonar el viaje y volverse; mas como el día 11 se calmase un poco el mar, y el viento fuese favorable, mudó de propósito, y prosiguió la intentada travesía. Llegamos, pues, a la isla de la Gomera, una de las Canarias, donde, conforme a una orden anticipada, nos encontramos con todos nuestros buques dispersados antes por la tormenta. Hicimos aguada, y salimos el 4 de noviembre. Continuamos nuestra derrota; a 8 del mismo mes dimos fondo con doce brazas, en Cabo Verde, de la costa de Africa, y el general dispuso que desembarcasen unos ciento sesenta hombres de los nuestros, para ver de tomar algunos negros. Internándose seis millas, dieron con un gran número de negros que con sus flechas envenenadas hirieron a muchos de los nuestros, de modo que les fué preciso volverse a los buques. De los heridos murieron siete u ocho de un modo muy extraño, con las bocas cerradas; y para mantenérselas abiertas nos veíamos obligados a meterles palos y otras cosas. Habiendo permanecido en la costa de Guinea hasta el 12 de enero, ya para entonces habíamos reunido ciento cincuenta negros; y cuando todo estaba dispuesto para marcharnos, llególe al general un negro enviado por embajador de un rey de los negros que se encontraba oprimido por otros reyes vecinos suyos, y pedía socorro y ayuda contra sus enemigos. Accedió el general a su petición, y en persona saltó a tierra con unos doscientos hombres, a cuya fuerza se unieron las del rey que había pedido el auxilio. Con esto el general atacó e incendió un pueblo de los enemigos del dicho rey, en donde habría por lo menos ocho o diez mil negros; y viendo que no podían resistir, trataron de salvarse con la fuga. En ella se tomaron prisioneros unos ochocientos o novecientos, que debían tocar a nuestro general por su parte de botín; mas el rey negro que nos pidió el auxilio faltando a su palabra y promesas, se marchó secretamente en la noche con cuantos prisioneros tenía bajo su custodia. A pesar de eso, viendo el general que tenía cerca de quinientos negros, hubo por mejor marcharse con ellos sin más dilación, juntamente con las mercaderías habidas en la costa de Africa,

encaminándose a las Indias Occidentales. Mandó, pues, que con toda diligencia se hiciese agua y leña, dándonos prisa a partir. Mas antes de que saliésemos, en una tempestad que sobrevino, perdimos uno de nuestros buques, es a saber, el "William and Jhon", de cuyo buque y su gente no volvimos a tener noticia durante nuestro viaje.

## CAPITULO II

Donde se refiere cómo y cuándo nos partimos de la costa de Africa, nuestra llegada a Indias Occidentales, nuestro comercio allí, y por último, la gran crueldad que los españoles usaron con nosotros por orden y disposiciones del virrey, faltando a la palabra dada y tratando de hacernos caer en la trampa.

Dispuesto ya todo para marchar, por orden de nuestro general dejamos la costa de Africa el día 3 de febrero de 1568, con tiempo algo grueso que hizo más penosa nuestra travesía. Habiendo navegado cincuenta y dos días, el 27 de marzo de mil quinientos sesenta y ocho dimos vista a una isla llamada Dominica; cerca de la costa de América, en las Indias Occidentales, situada a 14 grados de latitud y 322 de longitud. De allí fué el general costeano de un lugar a otro contratando siempre, según se podía con españoles e indios; lo cual se lograba con dificultad, porque el rey había ordenado estrechamente a los gobernadores de aquellas partes, que impidiesen todo tráfico. Mas a pesar de todo, en los meses de abril y mayo, nuestro general hizo regulares negocios y halló buena acogida en diversos lugares, como en Margarita Curazao y otros, hasta que llegamos al cabo de la Vela y río del Hacha, de donde vienen todas las perlas. Allí no quiso el gobernador permitirnos en manera alguna, que tuviésemos trato y comercio, ni consintió que hiciésemos aguada; por lo cual nuestro general, apremiado por el hambre y la sed, se vió precisado, en principios de junio, a echar en tierra doscientos hombres para tomar por fuerza lo que no podía obtener de grado. Y to-

mado el pueblo con pérdida de dos de los nuestros, se estableció un tráfico secreto y amistoso, viniendo de noche los españoles a comprar nuestros negros, en número de doscientos o más, así como algunas otras mercaderías.

Fuimos de allí a Cartagena, donde encontramos un gobernador tan recto, que no hubo modo de hacer negocio alguno, por lo cual y porque nuestras mercancías estaban casi agotadas, perecióle mejor al general partirse de allí, y también por evitar ciertas peligrosas tormentas, llamadas Huracanes, que acostumbraban comenzar hacia esta época del año. Así pues, el 24 de julio de 1568, zarpamos y nos dirigimos al Norte. Dejamos la isla de Cuba a mano derecha, hacia el Este, y navegando para la Florida, se levantó el 12 de agosto una furiosa tempestad que duró ocho días y llevó de aquí para allí nuestros buques, sacudiéndolos y maltratándolos muy peligrosamente, de manera que estábamos en continuo temor de anegarnos, a causa de las bajas de la costa. Al fin nos vemos precisados a buscar abrigo en el puerto de San Juan de Ulúa o Veracruz, situado en 19 grados de latitud y 279 de longitud, y es el que sirve a la ciudad de México. Al tratar de coger el dicho puerto, encontró al paso el general tres buques pequeños con pasajeros, a quienes tomó a bordo, y así como el 16 de septiembre de 1568 entramos en el citado puerto de San Juan de Ulúa. Como los españoles de allí creyeron que éramos la flota del rey, todos los empleados principales de la comarca vinieron a bordo de nuestra capitana, donde echando de ver la torpeza que habían cometido, tuvieron gran temor de ser presos y detenidos; mas el general los trató a todos muy cortesmente. Había en el dicho puerto doce buques que, según se dijo, tenían dentro una suma de doscientas mil libras en efectivo; y con estar todo aquello en poder del general y a su arbitrio, dejó a todos en libertad, así como a los pasajeros que antes había detenido, sin tomarles cosa alguna. Sólo retuvo dos caballeros de cuenta, llamado el uno D. Lorenzo de Alva y el otro D. Pedro de Rivera e inmediatamente envió mensaje al virrey de México, que resi-

día a sesenta leguas de allí, participándole nuestro arribo por causa de temporal, y pidiéndole que por cuanto la reina nuestra señora era buena amiga y hermana del rey de España, nos proveyera de vitualias, considerando nuestra necesidad, y nos dejara reparar y componer tranquilamente nuestros buques. Item más, que como cada día se aguardaba la llegada de la flota de España, le rogaba encarecidamente que diese alguna providencia en su favor, a fin de que no se turbase la paz por cualquier disputa entre su gente y la de la flota. Esta embajada se envió el 16 de setiembre, es decir, el mismo día de nuestro arribo.

A la mañana siguiente, día 17 descubrimos trece velas gruesas, y luego que nuestro general entendió que era la flota del rey de España, mandó avisar inmediatamente al general de ella cómo estábamos en el puerto, haciéndole además entender, que antes de que entrase a él era necesario que mediase algún concierto obligatorio para ambas partes, con objeto de mantener mejor la paz entre una y otra gente, conforme ya lo había pedido al virrey. Estaba entonces nuestro general muy perplejo, pensando que si impedía a la flota la entrada al puerto, cosa que con el favor de Dios podía hacer muy bien, la dicha flota se vería en gran peligro de naufragar y perderse con todas sus riquezas que montaban a un millón y ochocientas mil libras, y por otra parte, si la dejaba entrar, no tenía duda de que por todos los medios posibles tratarían de hacernos traición: además de que el fondeadero era tan pequeño, que si entraba la otra flota era preciso que los buques anclasen unos contra otros. Vea también que si la flota se perdía, por estorbarle él la entrada como en tal caso forzosamente había de suceder, iba a ponerse él en gran peligro de incurrir en el desagrado de la reina nuestra soberana, en materia de tanta gravedad. Así es que eligió el menor mal, que era permitir que entrase bojo seguro, y mantenerse en guardia para defendernos de las traiciones que sabía muy bien habían de poner en práctica. Habiendo regresado el mensajero, certificó a

nuestro general, de parte de D. Martín Enríquez, el nuevo virrey (que venía en la misma flota y tenía facultades bastantes para mandar en todas las cosas de mar y tierra de esta provincia de México o Nueva España) que para mantener mejor la amistad entre el rey de España y nuestra soberana, todas nuestras peticiones serían tan favorablemente despachadas, como fielmente cumplidas; añadiendo que ya estaba informado del modo cortés y amigable con que nuestro general había tratado a los súbditos del rey de España en todos los lugares donde había estado, así como en el dicho puerto. En fin, y para no ser más largo, nuestras condiciones fueron redactadas y puestas por escrito, en los términos siguientes:

1<sup>ª</sup> Que podríamos tomar víveres, pagándolos, y se nos permitiría vender de nuestras mercancías lo suficiente para proveer a nuestras necesidades.

2<sup>ª</sup> Que se nos dejaría reparar los buques, sin estorbárnoslo de modo alguno.

3<sup>ª</sup> Que la isla permanecería en nuestro poder todo el tiempo que estuviésemos allí. Y como para mayor seguridad nuestra, el general había puesto ya en la dicha isla cierta artillería, que eran once piezas de bronce, podía que continuase en el mismo estado, y que no desembarcara en la isla español alguno con armas.

4<sup>ª</sup> y última. Que para mejor asegurar la paz y el cumplimiento de estas condiciones, cada parte entregaría a la otra doce caballeros de nota, en calidad de rehenes.

Aceptó el virrey por escrito las condiciones, firmándolas de su puño y sellándolas con su sello, y se entregaron diez personas en rehenes por cada parte. Concluido esto, se publicó todo a son de trompeta, mandando que nadie de una u otra parte, fuese osado a quebrantar esta paz, so pena de muerte. Así quedó terminado todo en tres días, y la

flota entró al puerto, saludándose mutuamente los buques, según uso de mar. Al siguiente día, que era viernes, trabajamos unos y otros para poner los buques ingleses a un lado y los españoles al otro, habiendo pasado muchas cortesías y grandes promesas de amistad entre los capitanes y gente inferior de ambas naciones. Mas, según después se vió, aquello era en lo que menos pensaban los españoles, porque el virrey y el gobernador habían reunido secretamente en tierra hasta mil hombres escogidos y bien armados para dar sobre nosotros por todos lados, el jueves siguiente 21 de setiembre, a la hora de comer. Pero antes de proseguir la historia, no será fuera de propósito describir el estado que tenía entonces la isla y el que ahora tiene, porque los españoles, después que estuvo allí nuestro general, han construído en la misma isla un buen castillo y un baluarte bien fuerte, para mejor reguardo del punto: Cuando estuvimos nosotros, era este puerto una isleta de piedra que en lo más alto no tenía arriba de tres pies fuera del agua, y cuya extensión por cualquier parte no pasaba de un tiro de ballesta, cuando más. No hay en toda aquella costa otro lugar adonde puedan llegar buques: los vientos del Norte son allí furiosos, y a menos que los buques estén fuertemente sujetos y con sus amarres asegurados en la isla, no hay remedio, sino que es infalible el naufragio y pérdida. Previendo prudentemente todo eso nuestro general, estipuló conservar la isla en su poder, pues de no ser así, los españoles podrían a su antojo cortar nuestros cables, y con el primer norte que soplase estábamos despachados, porque los buques habrían ido a dar a la costa. Pero volvamos a nuestro asunto.

Acercándose el tiempo en que los españoles debían ejecutar su tralción, comenzaron a notarse algunas señales de ello, como pasar armas de unos buques a otros, colocar artillería asestándola contra los nuestros que estaban en tierra, y acudir mucha gente. Tales apariencias de quebrantar la fe dada por el virrey, hicieron que nuestro general le enviase a preguntar qué significaba aquello; y el virrey

despachó en el acto una orden para que se quitase la artillería y demás cosas sospechosas, enviando por respuesta al general, "que él sería nuestro escudo y defensa contra la villanía y traición". Esto pasaba el jueves por la mañana. No satisfecho con ello el general, y viendo que en secreto habían metido mucha gente en una gran urca o barco de los suyos, anclado al costado del "Minión", envió otra vez a Roberto Barret, maestro del "Jesús" y persona que hablaba muy bien el español, para que viera al virrey y le dijera que mandara sacar los hombres que habían metido en aquella urca. Conociendo entonces el virrey que su traición estaba ya descubierta, detuvo al maestro, mandó tocar las trompetas, y que su gente cargase por todos lados sobre los nuestros que estaban en la guardia de tierra y otras partes, lo que causó tal sorpresa y confusión en nuestra gente, que muchos cedieron y corrieron a buscar salvación en los buques. Los españoles que estaban emboscados en tierra fueron trasportados muy pronto en sus lanchas, y desembarcando en la isla, mataron sin misericordia a cuantos encontraron en ella. El "Minión" que poco antes se había preparado para afrontar el peligro, se desamarró y resistió el primer empuje de los trescientos hombres que estaban en la grande urca. Trataron entonces de abordar el "Jesús", donde hubo un cruel combate, y muchos muertos de nuestra parte; mas se defendieron bien los nuestros y los rechazaron. Soltóse también el "Jesús", y unido al "Minión", se enardeció la pelea por todos lados. Mas como ganaron la artillería que teníamos en tierra, nos molestaban muchísimo con ella. En la pelea fueron echados a pique dos buques españoles, y uno quemado, de modo que con los buques ya no podían hacernos daño; pero desde la orilla nos afligían cruelmente con nuestra propia artillería, hasta quedar muy mal parado el "Jesús". De repente pusieron fuego los españoles a dos grandes navíos de los suyos, y los dejaron ir en derechura sobre nosotros, lo que causó un terror pánico en nuestra gente. Con todo el "Minión", que ya había alzado velas, proveyó a su seguridad sin consentimiento de su general, capitán o maestro,

tanto, que apenas hubo tiempo de tomar al general a bordo. La mayor parte de los que estaban en el "Jesús" largaron también el bote, y siguieron en él al "Minión", mas los que no pudieron caber en el bote, fueron muertos sin compasión por los españoles. De nuestros buques sólo escaparon el "Minión" y el "Judit", y todos los hombres que no estaban en ellos tuvieron que sufrir la cruel tiranía de los españoles. Porque es caso muy cierto que habiendo llevado a algunos de los nuestros a tierra, los colgaban por los brazos en palos altos, hasta que les brotaba la sangre por las yemas de los dedos; y de los que así maltrataron, aún están vivos un tal Copstow y otros, que por la misericordia de Dios volvieron hace tiempo a Inglaterra, llevando todavía (y las llevarán hasta el sepulcro) las marcas y señales de trato tan cruel y más que bárbaro.

### CAPITULO III

Donde se cuenta cómo, después que escapamos de los españoles, nos vimos a punto de perecer de hambre en el mar; y cómo nuestro general, para evitarlo, tuvo necesidad de echar a tierra la mitad de su gente, y los trabajos que luego pasamos entre los salvajes, hasta caer otra vez en manos de los españoles.

Después que el Virrey D. Martín Enríquez faltando a la fe y palabra empeñada, trató tan cruelmente en San Juan de Ulúa a nuestro general Mr. Hawkings, en cuyo lance perecieron abogados o a manos de los españoles los más de los nuestros, y todos los buques fueron quemados o echados a pique, excepto el "Minión" y el "Judit" que era una pequeña barca de cincuenta toneladas, mandada por el ya nombrado Mr. Francisco Drake, la misma noche perdimos de vista la barca y viéndonos en gran peligro, trabajamos por alejar el "Minión" a dos tiros de ballesta de la flota española, donde anclamos por aquella noche. A la mañana siguiente levamos anclas y ganamos una isla, a una milla de los españoles. Sobrevinonos allí una tormenta con viento norte, que nos puso en gravísimo apu-

ro, hallándonos con sólo dos cables y dos anclas, porque en la pelea pasada habíamos perdido tres cables y otras dos anclas. A otro día, habiendo cesado la tormenta y estando bueno el tiempo, nos dimos a la vela; pero los hombres eran muchos y los víveres muy pocos para que pudieran durarnos largo tiempo, lo cual nos hacía desmayar y nos ponía temor de perecer de hambre, de manera que algunos pensaban sería mejor entregarnos a merced de los españoles, y otros decían que a los salvajes o infieles. Después de vagar varios días en aquellos mares desconocidos, el hambre nos obligó a comer cueros, gatos y perros, ratas y ratones, pericos y monos; en fin, era tal el hambre, que nos parecía dulce y sabroso cuanto encontrábamos.

El 8 de octubre volvimos a tomar tierra en lo más retirado del Golfo de México, donde esperábamos encontrar habitantes que nos dieran algún socorro de víveres y un lugar donde reparar el buque, el cual estaba tan maltratado, que con nuestros débiles brazos ya no podíamos achicar el agua. Agobiados de la una parte por el hambre, y de la otra por el riesgo de ahogarnos, y no sabiendo dónde hallar auxilio, caímos en el mayor desaliento, y formábamos diversos designios. Muchos se resolvieron a pedir al general que los echase en tierra, prefiriendo entregarse a merced de los salvajes o infieles, antes que aventurarse de nuevo al mar, donde bien veían que, permaneciendo todos reunidos, si no perecían ahogados, el hambre acabaría por obligarlos a comerse unos a otros. El general accedió de buena gana a tal deseo, considerando que para su propia seguridad y la de los demás, le era muy necesario disminuir su gente. Resuelto, pues, a dejar en tierra la mitad de los que quedaban vivos, fué cosa maravillosa de ver la facilidad con que los hombres mudan de opinión, pues los que poco antes deseaban ser desembarcados, pensaban ahora lo contrario y solicitaban quedarse; de manera que para conciliar las opiniones y quitar toda ocasión de disgusto, fué preciso que el general tomase este orden: primeramente escogió aquellas personas de cuenta y utilidad que era ne-

cesario quedasen a bordo; hecho esto, de los que querían irse, eligió los que menos falta hacían, e inmediatamente dispuso que el bote los llevase a tierra, prometiéndonos que al año siguiente vendría él mismo, o enviaría otro a buscarnos. Aquí un corazón de piedra se hubiera ablandado al oír el lastimoso llanto de algunos, y ver la repugnancia con que partían. El tiempo estaba algo alterado y tempestuoso, de manera que íbamos a correr gran peligro en la travesía; mas no quedaba otro remedio sino que los señalados para el efecto, por fuerza habíamos de ir a tierra. A pesar de todo, los que fueron en el primer bote desembarcaron sin novedad, pero los del segundo, y yo entre ellos, no pudimos llegar a la orilla, a causa de lo grueso del mar; y por la inhumanidad de Juan Hamptone, capitán del "Minión" de Juan Sandrea, contramaestre del "Jesús" y de Tomás Pollar, su guardián, tuvimos que saltar del bote al agua, cuando todavía nos faltaba una milla para llegar a tierra, quedando a cargo de cada uno salvarse a nado o ahogarse. Y de éstos que fueron como quien dice, echados afuera y compelidos a arrojarse al agua, se ahogaron dos de los del capitán Bland.

En la tarde del mismo día, lunes 8 de octubre de 1663, estando ya todos en tierra encontramos agua dulce, de la que algunos bebieron tanto que por poco se pierden, porque en dos o tres horas no pudimos conseguir que diesen señales de vida, otros estaban tan horriblemente hinchados, que se veían en gran peligro, ya por el agua salada que habían bebido, ya por haber comido de una fruta que hallamos en la orilla, con un hueso adentro como almendra, cuya fruta se le llama capule, y así de un modo u otro estábamos todos flacos, débiles y desmayados.

La mañana siguiente, 9 de octubre, nos resolvimos a examinar, siguiendo la costa en busca de un lugar habitado: que fuera de cristianos o de salvajes, poco nos importaba, con tal de que encontráramos algo con que calmar nuestra hambre. Partimos de un cerro donde habíamos pa-

sado la noche y no llevábamos una sola hilacha seca sobre nuestros cuerpos, porque los que no habían sido arrojados al mar, y así no se habían mojado en él, estaban empapados por la lluvia, que había caído sin remisión toda la noche. Una vez bajados del cerro y entrando en el llano, nos fué muy penoso el camino por entre yerbas y matorrales más altos que un hombre. Teníamos el mar a la izquierda, y a la derecha unos grandes bosques, de manera que por precisión habíamos de tomar el rumbo del Poniente por entre aquellos pantanos; y yendo de esa suerte, fuimos acometidos por los indios, gente helicosa que son a manera de caribes, aunque no comen carne humana como ellos.

Llámanse chichimecos estos indios, y acostumbran llevar largo el pelo, a veces hasta las rodillas; píntanse el rostro de verde, amarillo, encarnado y azul, lo que les hace parecer muy feos y les da un aspecto feroz. Mantienen guerra contra los españoles, quienes muchas veces los han tratado cruelmente; porque de los españoles no hay que esperar humanidad. Viéndonos ellos al desembarcar creyeron que éramos sus enemigos los españoles de la frontera; y habiendo sabido por sus exploradores cuántos éramos, y cuán débiles, flacos y desprovistos de armas ofensivas y defensivas estábamos, de repente, como acostumbran cuando se encuentran con gente armada, alzaron un alto y temeroso grito, y viniéronse en furiosa carrera sobre nosotros, disparando sus flechas, espesas como granizo. Forzoso nos fué entregarnos a su discreción, puesto que no teníamos ninguna especie de armadura ni arma con que hacer resistencia, sólo una escopeta y dos espadas viejas y mohosas. Visto por ellos que sólo pedíamos favor y piedad de su parte, y que no éramos sus enemigos los españoles, se compadecieron de nosotros, llegaron y nos mandaron sentar. Después que nos hubieron examinado y héchose cargo de todo, vinieron a los que tenían ropa de color y a esos los dejaron totalmente desnudos, llevándose la ropa; mas a los que estaban vestidos de negro nada les quitaron. Marcháronse luego, sin hacernos otro daño, bien que en la prime-

ra acometida nos habían ya matado ocho hombres. Al separarnos, viendo cuán desfallecidos estábamos, nos indicaron con la mano el rumbo que habíamos de tomar para ir a un pueblo de españoles, que según después vimos estaba a diez leguas de allí, y nos decían: "Tampíce, Tampíce, cristiano; Tampíce, cristiano," (1) es decir, según entendimos, que en Tampíce encontraríamos cristianos. No usan otras armas que arcos y flechas; pero tienen puntería tan certera, que muy rara vez yerran el blanco. Poco después que nos dejaron despojados, como queda dicho, nos pareció mejor dividirnos en dos compañías; y hecha la separación, la mitad nos fuimos a las órdenes de un Antonio Godard, que todavía vive, y al presente reside en la ciudad de Plymouth, a quien antes de separarnos habíamos escogido por capitán de todos. Los que fueron con él (entre ellos yo, Miles Philips) caminaron a Poniente por el rumbo que los indios nos habían indicado. La otra mitad fué al mando de un Juan Hooper, a quien eligieron por capitán, y uno de los que con él iban era David Ingram; tomaron éstos hacia el Norte, y al cabo de dos días volvieron a encontrarse con los salvajes, cuyo encuentro costó la vida al capitán Hooper y a dos de sus compañeros; dividiéronse entonces otra vez, y unos continuaron su mismo camino al Norte, mientras que otros, sabiendo que habíamos ido hacia el Poniente, trataron de reunirse con nosotros, como en efecto, a los cuatro días se nos juntaron unos veinticinco a veintiséis. Luego hicieron cuenta de cuántos habíamos desembarcado, y hallamos ser ciento catorce, dos de los cuales se ahogaron en el mar, y ocho murieron en el primer encuentro con los indios, de manera que quedaban ciento cuatro. (2) Veinticinco de éstos fueron a Poniente con nosotros, y cincuenta y dos al Norte con Hooper e Ingram. Según éste

(1) Estas palabras están en español en el original.

(2) El 25 está con números en el original, y es indudable que hubo una trasposición de cifras, debiendo leerse 52. De ese modo se completa exactamente el número de 104 hombres, y se verifica que la gente se dividió en dos mitades. Nada de esto sucede con el número 25.

me ha dicho después muchas veces, no pasaron de tres los muertos de su compañía, y como sólo veintiséis vinieron a reunirse con nosotros, resulta que de los que fueron para el Norte faltan veintitrés hombres, de que no ha vuelto a tenerse noticia. Y en verdad pienso que algunos viven todavía y están casados en aquella tierra, en Cibola, de lo cual me propongo tratar después, más particularmente, con el favor de Dios, dando las razones y motivos que me hacen pensar así de los que faltaron, que fueron David Ingram, Twid, Browne y otros varios, de cuyos nombres no me acuerdo. (1)

Reunidos así otra vez, continuamos caminando a Poniente; unas veces por entre los bosques tan espesos que con garrotes teníamos que quebrar las zarzas y matorrales para que no destrozasen nuestros desnudos cuerpos; otras veces atravesando por llanos de yerba tan alta que apenas podíamos vernos unos a otros. Sucedió que de pronto caían muertos algunos de nuestros compañeros heridos por los indios que se escondían tras de los árboles y matorrales, y desde allí mataban a los nuestros al paso, porque íbamos desparramados, buscando frutas con qué alimentarnos. Muy a menudo nos veíamos muy molestadísimos por una especie de mosca que los indios llaman en su lengua *tecuanis* y los españoles mosquitos; hay en aquella tierra otras muchas especies de moscas, pero ninguna tan molesta como estos *tecuanis*; casi no es posible verlos, porque son tan pequeños que apenas llegan al tamaño de un cinife; pero chupan grandemente la sangre, y no hay que matarlos a donde están chupando, porque son tan venenosos que la parte se hincha desmedidamente, como si fuera picada de avispa o abeja, siendo así que si se les consiente chupar a su antojo y marchar cuando quieren, no hacen otro daño que dejar una roncha, mayor a veces que un piquete de

---

(1) David Ingram no pudo ser de los desaparecidos que después de estos sucesos habló muchas veces acerca de ellos con el autor. Este a pesar de la promesa que aquí hace, no vuelve a hablar de sus compañeros perdidos.

pulga. Al principio nos molestaba horribilmente esta clase de moscos, por no conocer su condición, ni tener defensa contra ellos, pues íbamos desnudos; lo que es el frío no nos daba pena, porque la tierra es siempre muy caliente. Mientras caminamos de ese modo diez o doce días, nuestro capitán hacía a cada rato que algunos subiesen a los árboles altos, para ver si lograban descubrir algún pueblo o lugar habitado; pero nada veían. Al fin, a fuerza de repetir esta diligencia de trepar a los árboles descubrieron un gran río que corría del Noroeste a entrar en el mar, y a poco se oyó un tiro de arcabuz, cosa que nos reanimó mucho, porque nos hizo conocer que estábamos cerca de cristianos, y por consiguiente esperábamos ser socorridos muy pronto. Al cabo de una hora de camino oímos cantar un gallo, lo que nos causó no poca alegría, y por último llegamos a la orilla del río Pánuco donde los españoles tienen unas salinas, y allí dispararon el tiro de arcabuz que antes habíamos oído; no venimos directamente a este lugar, sino que por haber errado el camino, le dejamos como un tiro de ballesta a nuestra izquierda. Bebimos ansiosamente en este río, porque hacía seis días que no encontrábamos agua; y cuando estábamos descansando en la ribera y suspirando por llegar al pueblo donde dispararon el arcabuz y cantó el gallo, vimos subir y bajar por el otro lado del río muchos españoles de a caballo, los cuales, cuando nos vieron pensaron que éramos de los indios chichimecos, sus vecinos enemigos. El río no tiene de ancho más de medio tiro de ballesta, y desde luego uno de los españoles tomó un barco de los indios, que llaman canoa, y pasó en él con dos indios remeros. Habiendo hecho su reconocimiento, regresó a juntarse con los otros españoles, quienes sin dilación reunieron unos veinte de a caballo y embarcáronse en canoas, llevando los caballos por las riendas, a nado tras ellos; llegados a la orilla donde estábamos, enaillaron sus caballos y montaron en ellos, vinieron a carrera sobre nosotros hostilmente y con lanza en ristre. Nuestro capitán Antonio Godard, viéndolos venir de aquella manera, nos persuadió que nos rindiésemos, porque desnudos como estábamos y sin armas, no po-

díamos oponer resistencia alguna. Obedecimos la orden, y al rendirnos notaron que éramos cristianos: pidieron entonces más canoas, y nos pasaron de a cuatro en cada una. Puestos al otro lado, nuestro capitán les hizo entender el tiempo que llevábamos de no tomar alimento, y nos dieron para cada dos un pan hecho del grano de la tierra, llamado maíz por los españoles, cuyos panes serían del tamaño de los nuestros de a medio penique y los indios los llaman clahacally. Pareciónos el dicho pan muy dulce y agradable, porque hacía mucho tiempo que no comíamos nada. ¿Y qué cosa hay que el hambre no haga parecer dulce y sabrosa? Después de repartido el pan, los hombres fueron enviados, por delante al pueblo bajo la custodia de muchos indios vecinos del mismo; mas a los jóvenes, como muchachos, y a los débiles, los tomaron en ancas, y así los llevaron al pueblo donde residían, que estaba casi a una milla del punto en que hablamos pasado el río.

El pueblo tiene buen asiento y abundancia de toda clase de frutas, como naranjas, limones, granadas, chavacanoes, duraznos y otras. Está poblado de gran número de indios mansos o mexicanos y tenía también entonces unos doscientos españoles, hombres, mujeres y niños, además de los negros. Sacan gran provecho de sus salinas, que están al lado occidental del río, a distancia de una milla larga, porque la sal es allí una mercancía excelente. Los indios compran mucha y la llevan la tierra adentro, donde la venden a otros indios, doblando el precio. También mucha de la sal que aquí se hace se lleva por mar a diversas partes, como a Cuba, San Juan de Ulúa, y los otros puertos de Tamlaço y Tamachos, que son dos ríos con barras, a más de setenta leguas de San Juan de Ulúa, al S. O. Cuando llegamos todos al pueblo, mostróse el gobernador muy severo con nosotros, y amenazó ahorcarnos a todos; preguntónos qué dinero traíamos, que la verdad era muy poco, porque los indios que primero encontramos nos habían quitado todo, como quien dice, y de lo que dejaron habían tomado también una buena parte los españoles que nos trajeron.

Con todo, de Antonio Godard hubo el gobernador una cadena de oro que le había dado en Cartagena aquel gobernador y de otros recogió algunas cantidades en dinero; de suerte que según calculamos, sacó de todos como quinientos pesos, sin contar la cadena de oro. Satisfecho con habernos quitado cuanto teníamos, mandó ponernos en una casita, muy parecida a una zahurda donde casi nos ahogábamos. Antes de encerrarnos en aquella estrechura, nos dió un poco de trigo de la tierra o maíz cocido, que es el alimento de sus puercos. Muchos de los nuestros que habían sido heridos en el primer encuentro con los indios, y cuyas heridas estaban muy enconadas y dolorosas, pedían que sus cirujanos los curasen; pero el gobernador y casi todos ellos dijeron, que no tendríamos más cirujano que el verdugo, quien nos curaría perfectamente de nuestros males. Y así oyéndonos insultar y llamar "perros ingleses y herejes luteranos" permanecimos tres días en tan miserable estado, sin saber qué sería de nosotros y esperando por momentos que nos quitaran la vida.

#### CAPITULO IV

Donde se refiere cómo nos trataron en Pánuco y el continuo temor de muerte en que estuvimos; cómo fuimos llevados a México ante el Virrey; nuestra prisión allí y en Tezcuco, buenos y malos tratamientos que recibimos en ese tiempo, y cómo al fin nos sentenciaron por pregón a servir de esclavos a varios caballeros españoles.

Al cuarto día de nuestra llegada continuábamos en la misma duda, aguardando la hora de la muerte, cuando vimos llegar muchos indios y españoles armados que venían a sacarnos de la casa, y entre ellos percibimos uno que traía gran cantidad de sogas nuevas, cuya vista nos causó grandísimo terror, calculando que no había duda de que era llegada nuestra última hora; así es que, invocando a Dios y pidiéndole piedad y perdón de nuestras culpas, nos preparamos todos para morir. Mas no se trataba de eso, se-

gún después se vió, porque habiéndonos sacado de la casa, nos ataron las manos atrás, y así atados de dos en dos nos mandaron marchar por medio del pueblo, y luego por el campo, de lugar en lugar hacia la Ciudad de México, que dista de Pánuco noventa leguas al S. O., llevando por conductores sólo dos españoles acompañados de un gran número de indios con arcos y flechas que iban a ambos lados en dos hileras para que no nos escapáramos. Caminando en este orden, a los dos días llegamos por la noche a un pueblo que los indios llaman Nohele y los españoles Santa María, en cuyo pueblo hay un convento de frailes dominicos que nos trataron muy bien y nos dieron comida caliente, esto es, caldo y carne, así como vestidos para cubrirnos, hechos de bayeta blanca. Comimos con ansia la carne y de una fruta indígena llamada Nohole, larga y pequeña, muy semejante en la figura a un pepinito. Este hartazgo nos costó enfermedades de fiebres intermitentes. Uno de nuestros compañeros, llamado Tomás Baker, que en el primer encuentro había sido herido de un flechazo en la garganta, murió aquí a consecuencia de la herida.

La mañana siguiente, a cosa de las diez continuamos el viaje a México, atados de dos en dos y custodiados como antes, llegamos a un pueblo que está a cuarenta leguas de México llamado Mexitlán, donde hay un convento de frailes agustinos; tiene el pueblo unos trescientos españoles entre hombres, mujeres y niños. Los frailes nos enviaron comida ya guisada y tanto ellos como los españoles, hombres y mujeres nos trataron muy bien y nos dieron camisas y otras cosas que habíamos menester. Aquí nos vimos muy malos de calenturas, y con haber comido de otra fruta que los indios llaman en su lengua gulaccos nos pusimos tan estreñidos, que en diez o doce días no pudimos desahogarnos. A otro día partimos con nuestros dos españoles y escolta de indios, como siempre; de los dos españoles, el uno era un viejo que todo el camino nos trató perfectamente y tenía cuidado de adelantarse para prevenirnos comida y lo demás necesario, como mejor podía. El otro era un joven que du-

rante toda la jornada no nos dejó ni se apartó nunca de nosotros, y era un cruelísimo bribón; llevaba en la mano una jabalina, y a veces cuando alguno de los nuestros, de puro débil, no podía andar tan aprisa como él quería, tomaba la jabalina a dos manos y se la descargaba en el cuello con tal violencia, que lo derribaba en tierra, diciendo a voces: "Marchad, marchad ingleses perros, luteranos, enemigos de Dios". (1) Al día siguiente llegamos a un pueblo llamado Pachuca y es de saber que hay dos lugares del mismo nombre; este pueblo y las minas de plata que están a seis leguas de él al N. O.

Compadecido de los enfermos y débiles, el buen viejo nuestro conductor nos permitió que reposásemos aquí dos días completos, con gran enojo del joven su compañero. Salimos al fin, y caminamos cuatro o cinco días por pueblos pequeños y estancias que son las granjas o quintas de los españoles; y siempre que lo necesitábamos el buen viejo continuaba proveyéndonos de suficiente comida, frutas y agua para nuestro sustento. En cinco días llegamos a un pueblo a cinco leguas de México, llamado Quoghlielan (Cuautitlán), donde también descansamos un día y dos noches; hay un hermoso convento de frailes franciscanos; pero no vimos a ninguno de ellos. Aquí nos dijeron los vecinos españoles que ya no nos faltaban más que quince millas inglesas para llegar a México, cuya noticia nos llenó de alegría esperando que una vez llegados, o nos aliviarían y desatarían, o nos quitarían pronto la vida; pues aunque de algunos recibíamos buen tratamiento, bastaba con vernos llevar así atados de lugar en lugar, para que no lográsemos contento ni descanso, hasta que por la muerte o por cualquier otro medio tuviese fin semejante cautiverio.

A otro día, de mañana, caminamos para México, hasta ponernos a dos leguas de la Ciudad, en un lugar donde los españoles han edificado una magnífica iglesia dedicada a la Virgen. Tienen allí una imagen suya de plata sobredorada,

(1) Estas palabras se hallan en español en el original.

tan grande como una mujer de alta estatura, y adelante de ella y en el resto de la iglesia hay tantas lámparas de plata como días tiene el año, todas las cuales se encienden en fiestas solemnes. Siempre que los españoles pasan junto a esa iglesia aunque sea a caballo, se apean, entran a la iglesia, se arrodillan ante la imagen, y ruegan a Nuestra Señora que los libre de todo mal; de manera que, vayan a pie o a caballo, no pasarán de largo sin entrar a la iglesia y orar, como queda dicho, porque creen que si no lo hicieran así, en nada tendrían ventura. A esta imagen llaman en español Nuestra Señora de Guadalupe. Hay aquí unos baños fríos que brotan a borbollones como si hirviera el agua, la cual es algo salobre al gusto, pero muy buena para lavarse los que tienen heridas o llagas, porque según dicen ha sanado a muchos. Todos los años, el día de la fiesta de Nuestra Señora, acostumbra la gente venir a ofrecer y rezar en la iglesia ante la imagen, y dicen que Nuestra Señora de Guadalupe hace muchos milagros. Alrededor de esta iglesia no hay población de españoles, pero algunos indios viven en sus chozas campestres.

Vinieron a encontrarnos aquí muchos españoles de a caballo, así caballeros como mercaderes, que salían de México a vernos como quien viene a ver una maravilla. Nos fué mandado continuar nuestro viaje, y a cosa de las cuatro de la tarde del mismo día, entramos en la ciudad de México, por la calle llamada de Santa Catarina, sin detenernos en ninguna parte, hasta llegar al palacio del Virrey don Martín Enríquez, que está en medio de la ciudad, cerca de la plaza del Mercado, llamada la plaza del Marqués. No habíamos estado mucho tiempo en aquel lugar, cuando nos trajeron del mercado los españoles gran cantidad de carne suficiente para alimentar un número de gente cinco veces mayor; algunos nos dieron sombreros y otros dinero. Estuvimos allí dos horas y luego nos llevaron por agua, en dos grandes canoas, a un hospital donde estaban alojados algunos de los nuestros que fueron cogidos antes del combate de San Juan de Ulúa; debíamos haber ido al hospital de

Nuestra Señora; pero ya había allá tantos de los perdidos en el dicho combate, que no quedaba lugar para nosotros. Dentro de los catorce días de nuestra llegada, murieron muchos de los de la compañía en que vine desde Pánuco. Poco después nos sacaron de allí y nos juntaron a todos en el hospital de Nuestra Señora, donde fuimos tratados humanamente y visitados con frecuencia por señoras y caballeros virtuosos de la ciudad, que nos traían diversas cosas para confortarnos, como acitrones, mermeladas y otros regalos por el estilo, y a menudo nos daban muchas cosas, todo con gran liberalidad. Permanecimos en dicho hospital por espacio de seis meses, hasta que estuvimos todos curados, y entonces mandó el virrey que nos llevaran a la ciudad de Tezcuco, situada a ocho leguas al S. O. de México, en cuya ciudad hay unas casas de corrección y castigo para los malos, llamadas obrajes (como Bridewel aquí en Londres) donde hay indios vendidos por esclavos, unos por diez años y otros por doce. No fué pequeña pesadumbre para nosotros cuando supimos que habían de llevarnos allá para ser tratados como esclavos; habríamos preferido ser condenados a muerte; (1) pero no quedaba otro remedio, sino que fuimos llevados a la prisión de Tezcuco, donde no nos hicieron trabajar en nada, contentándose con terneros estrechamente guardados y casi muertos de hambre. Mas por misericordia de Dios nos encontramos allí un Roberto Sweeting hijo de un inglés y española, que hablaba muy bien la lengua inglesa, y por cuyo medio fuimos muy socorridos de los indios con varios comestibles como carnero, gallinas y pau. A no ser por este auxilio, de seguro perecemos; empero lo que por ese lado conseguimos era siempre muy poco. Y continuando en semejante encierro por espacio de dos meses, nos resolvimos al fin a quebrantar la cárcel, sucediera lo que sucediese, porque mejor queríamos sufrir la muerte, que permanecer más tiempo en tan miserable estado. Habiéndonos, pues, evadido de la prisión, no sabíamos qué

(1) El autor que prefería la muerte a la esclavitud del obraje, olvidaba sin duda que había comenzado su viaje ayudando a salvar negros para reducirlos a peor esclavitud.

camino tomar para ponernos en salvo; la noche estaba oscura y llovía a cántaros; no teníamos guía y andábamos a la ventura, de manera que al amanecer nos venimos a encontrar muy cerca de la ciudad de México, que está a veinticuatro millas inglesas de Tezcuco. Aclarado el día, fuimos descubiertos por los españoles, perseguidos, presos, y llevados ante el virrey y justicias mayores, quienes nos amenazaron con ahorcarnos por haber quebrantado la cárcel del rey. Al fin nos enviaron a un jardín del virrey, y llegados allá encontramos a nuestros caballeros ingleses que habían sido entregados en rehenes cuando se hizo la traición a nuestro general en San Juan de Ulúa, según queda referido. Con ellos estaba también Roberto Barret, el maestro del "Jesús"; y en aquel encierro permanecimos trabajando y haciendo lo que nos mandaban, por tiempo de cuatro meses, sin más ración que dos carneros a diario para cerca de cien hombres que éramos; y de pan recibíamos cada uno por día dos piezas del tamaño de nuestros panes de medio penique. Pasados los cuatro meses y habiendo sido trasladados los caballeros rehenes y el maestro del "Jesús" a una cárcel en el propio palacio del virrey mandaron pregonar que cualquier caballero español que quisiese llevar algún inglés para su servicio, y se obligara a guardarle, y presentarle ante la justicia un mes después de requerido al efecto, viniera a escoger al jardín referido. Y apenas se hubo dado el pregón, acudieron muchísimos caballeros, y se tenía por más dichoso el que más presto conseguía llevarse a uno de nosotros.

## CAPITULO V.

En que se refiere cuán bien tratados y ricos vivimos con nuestros amos, hasta la llegada de la Inquisición, que renovó todos nuestros males. De nuestra prisión en el Santo Oficio, del rigor con que fuimos juzgados y sentenciados, y de la dureza y crueldad con que se ejecutó la sentencia.

Los caballeros que así nos tomaron por criados o esclavos, nos vistieron enteramente de nuevo, y vivimos

con ellos haciendo lo que nos mandaban, que por lo común era servirles a la mesa y ser como sus camaristas. Los acompañábamos también cuando salían, cosa que ellos tenían en mucho, porque en aquella tierra ningún español sirve a otro, sino que los indios semaneros o los negros esclavos de por vida, son quienes los acompañan y sirven. De esta manera permanecimos sirviendo en la dicha ciudad de México y sus inmediaciones por tiempo de un año o algo más, y luego nuestros amos nos mandaron a muchos a ir a ciertas minas en que tenían interés, con el destino de capataces de los negros e indios que en ellas trabajaban. En dichas minas hubo muchos de nosotros que adelantaron y ganaron considerablemente, porque además de tener cada uno trescientos pesos anuales de sueldo que son sesenta libras esterlinas, los indios y negros que trabajaban a nuestras órdenes, como los tratábamos bien, solían a veces seguir trabajando para nosotros los sábados después de concluida su tarea, y sacarnos plata por valor de unos tres marcos, que vale cada uno seis y medio pesos de aquella moneda, cuyos diez y nueve y medio pesos equivalen a cuatro libras esterlinas, diez chelines de la nuestra. Algunas semanas ganábamos tanto por este medio además de nuestro sueldo, que muchos nos hicimos muy ricos y teníamos tres o cuatro mil pesos, porque vivimos y ganamos así en aquellas minas unos tres o cuatro años. Salidos nosotros del jardín para ir a servir de criados a varios vecinos, como queda dicho, continuaron presos durante cuatro meses, en el palacio del virrey, los caballeros entregados en rehenes, al cabo de cuyo tiempo, estando la flota pronta para salir de San Juan de Ulúa para España, fueron enviados allá en ella. Y según he sabido por informes verídicos, muchos de ellos murieron del mal trato que les dieron los españoles en las cárceles de la Inquisición, como podrán declararlo mejor los que escaparon después de haber sufrido la persecución de aquel tribunal. También Roberto Barret, el maestro del "Jesús", fué enviado en la flota del año siguiente a España, donde le persiguió luego la Inquisición, hasta que por último fué condenado al fuego, y con él otro de los nuestros llamado Juan Gilbert.

Transcurridos ya seis años completos desde nuestra llegada a las Indias, durante cuyo tiempo estuvimos presos y sirviendo en dicha tierra, como queda fielmente relatado, en el año del Señor de mil quinientos setenta y cuatro, se estableció por primera vez la Inquisición en las Indias, con gran descontento aun de los españoles mismos, porque nunca hasta entonces, desde que primero se descubrieron y poblaron las Indias, se habían visto sujetos a la cruel y sangrienta Inquisición. El inquisidor mayor se llamaba D. Pedro Moya de Contreras, y su compañero Juan de Bonilla; Juan Sánchez era el fiscal, y Pedro de los Ríos el Secretario. Una vez llegados y establecidos en una muy hermosa casa de los frailes dominicos, pensando que debían hacer un estreno y principio de su detestable Inquisición, tal que infundiese terror a todo el país, creyeron que lo mejor sería comenzar por nosotros los ingleses, y con tanta más razón, cuanto que sabían que muchos nos habíamos hecho muy ricos, y éramos, por lo mismo una excelente presa y botín para los inquisidores. Así fué que comenzaron de nuevo nuestros trabajos, porque nos mandaron buscar y traer de todas partes del país, y se dió pregón de que so pena de excomunión y confiscación nadie fuese osado de ocultar a ningún inglés, ni la menor parte de sus bienes. De consiguiente, fuimos todos aprehendidos muy pronto, y nuestros bienes fueron embargados y confiscados en provecho de los inquisidores. De todas partes nos trajeron como presos a la ciudad de México, y allí nos encarcelaron en unos calabozos oscuros donde no podíamos ver sino con luz artificial. Nunca había más de dos juntos, de suerte que no nos comunicábamos, ni nadie sabía lo que había sido de los demás. Permanecimos en tan estrecha prisión por espacio de año y medio, y algunos menos, porque los iban encerrando conforme llegaban. Durante el tiempo de nuestro encierro, muy a los principios, nos hacían comparecer con frecuencia ante los inquisidores solos, y allí nos examinaban rigurosamente acerca de nuestra fe, mandándonos decir el Padre Nuestro, Ave María, y Credo, en latín; cosas que bien sabía Dios que los más no sabíamos, sino en la lengua in-

glesa. Como el mencionado Roberto Sweeting, nuestro amigo de Tezcuco estaba siempre presente con ellos por intérprete, decía en nuestro nombre, que en nuestro idioma nativo sabíamos perfectamente todo aquello; mas no al pie de la letra como estaba en latín. Entonces procedían a preguntarnos, bajo juramento, lo que creíamos acerca del Sacramento, y si quedaba el pan y vino después de las palabras de la consagración, y si no creíamos que la hostia que el sacerdote elevaba sobre su cabeza y el vino que estaba en el cáliz eran real y verdaderamente el cuerpo y la sangre de Nuestro Salvador Jesucristo. Y si no respondiáramos que sí a todo, no había más remedio que la muerte. Preguntábanos luego, qué recordábamos por nosotros mismos, qué creencias habíamos seguido, y qué nos habían enseñado a creer contrario a aquello, mientras habíamos estado en Inglaterra; a lo cual, por salvar la vida, nos veíamos obligados a responder, que nunca habíamos creído ni nos habían enseñado otra cosa que lo ya dicho. Entonces nos hacían cargo de que no les decíamos verdad; que sabían lo contrario y que recordásemos bien para dar mejor respuesta en otra ocasión, porque de no hacerlo así, nos mandarían dar tormento y nos obligarían a confesar la verdad de grado o por fuerza. Y volviendo a comparecer ante ellos, nos interrogaban de nuevo acerca de nuestras opiniones cuando estábamos en Inglaterra, y qué nos habían enseñado, qué pensábamos acerca de ciertos compañeros que nos nombraban, de manera que nunca podíamos vernos libres de tanta pregunta. Otras veces nos prometían si les decíamos la verdad tendrían misericordia de nosotros, y nos pondrían en libertad; pero bien conocíamos que tan lisonjeras promesas no eran más que traza para hacernos caer en la trampa donde perdiéramos las vidas; y Dios se hubo tan misericordiosamente con nosotros, por cierto medio secreto que teníamos, que nos mantuvimos firmes en nuestra primera respuesta, y siempre decíamos que les habíamos declarado la verdad, y no sabíamos más de nosotros mismos ni de ninguno de nuestros compañeros, sino lo ya dicho; que en cuanto a nuestras culpas y pecados co-

metidos en Inglaterra contra Nuestro Señor o Nuestra Señora, o cualquier santo, nos arrepentíamos de todo corazón y pedíamos perdón de ellos a Dios, rogando a los señores inquisidores por amor de Dios, que tuvieran misericordia de nosotros, considerando que habíamos arribado a aquellas tierras por fuerza de tiempo y contra nuestra voluntad, y que jamás habíamos dicho ni hecho cosa contraria a sus leyes. Mas todo fué inútil, porque de cuando en cuando nos volvían a amonestar que confesáramos y en el espacio de tres meses, antes que pronunciaran su cruel sentencia, fuimos atormentados todos, forzados algunos a decir contra sí propios, cosas que después les costaron las vidas. Habiendo logrado de ese modo obtener de nuestra propia boca declaraciones suficientes para proceder a sentenciarnos, mandaron levantar un gran tablado en medio de la plaza del mercado, frente a la Iglesia Mayor; y catorce o quince días antes del auto, convocaron a todo el vecindario a son de trompeta y atabales, que son unos como tambores, y delante de todas se pregonó solemnemente, que cuantos quisieran acudir en tal día a la plaza del mercado, oírían la sentencia de la santa Inquisición contra los ingleses herejes luteranos, y la verían ejecutar. Hecho esto, y acercándose el tiempo de su cruel auto, la víspera en la noche vinieron a la prisión donde estábamos, trayendo unos vestidos de loco que tenían dispuestos para nosotros, y llaman sambenitos, los cuales son unos sacos de paño amarillo con cruces encarnadas adelante y atrás. Estaban tan ocupados en vestirnos esos trajes y en llevarnos a un gran patio, diciéndonos y enseñándonos de qué manera habíamos de ir al tablado o lugar del auto al día siguiente, que no nos dejaron dormir en toda la noche.

Venida la mañana, nos dieron a cada uno por desayuno una taza de vino y una rebanada de pan frita en miel, y a cosa de las ocho salimos de la cárcel. Ibamos cada uno por separado, con su sambenito a cuestas, una soga al cuello, y en la mano una gran vela de cera verde apagada; llevábamos un español a cada lado, y en este orden marcha-

mos hacia el tablado de la plazá, que estaría como a un tiro de ballesta. Por todo el tránsito había gran concurso de gente, de manera que unos familiares de la Inquisición iban a caballo abriendo paso. Llegados al tablado, subimos por un par de escaleras y encontramos asientos dispuestos para colocarnos en el orden mismo en que habíamos de ser sentenciados. Una vez sentados donde nos señalaron, subieron por otro par de escaleras los inquisidores, y con ellos el virrey y Audiencia. Cuando todos hubieron tomado asiento bajo dosel, conforme a su jerarquía y empleo, subieron al tablado muchos frailes dominicos, agustinos y franciscanos, hasta el número de trecientas personas, y se sentaron también en los lugares que les estaban destinados. Hízose entonces silencio solemne, e inmediatamente empezaron las crueles y rigurosas sentencias.

El primer llamado fué un tal Roger, armero mayor del "Jesús", y le sentenciaron a trescientos azotes y diez años de galeras.

Luego llamaron a Juan, Gray Juan Brown, Juan Rider, Juan Moone, Santiago Collier y Tomás Browne; la sentencia de éstos fué de doscientos azotes y ocho años de galeras.

Tocóle en seguida a Juan Keyes, cuya pena fué cien azotes y seis años de servicio.

Después fueron llamando a varios, uno tras otro, en número de cincuenta y tres, y a cada cual daban su sentencia: a unos doscientos azotes, a otros cien, y luego a galeras por seis, ocho o diez años.

Entonces me llamaron a mí, Miles Philips, y me sentenciaron a servir en un convento por cinco años, sin azotes, y a llevar el sambento todo ese tiempo.

Llegó luego su vez a Juan Storie, Ricardo Williams, David Alexander, Roberto Kooke, Pablo Horsewel, Tomás Hull; estos seis fueron condenados a servir en conventos, sin azotes, unos por tres, otros por cuatro años, y a llevar durante ellos el sambenito.

Hecho esto, y acercándose ya la noche, llamaron a Jorge Rively, Pedro Monfrie y Cornelio el Irlandés, y los condenaron a ser reducidos a cenizas. En el acto los enviaron al lugar de la ejecución en la misma plaza del mercado, cerca del tablado, donde fueron prontamente quemados y consumidos. A los demás sentenciados que éramos sesenta y ocho, nos volvieron a llevar aquella noche a la cárcel.

Al día siguiente por la mañana, que era Viernes Santo del año del Señor de 1575, fuimos conducidos todos a un patio del palacio del inquisidor, donde estaba ya un caballo para cada uno de los que habían de ser azotados y echados a galeras, los cuales eran sesenta. Habiéndoles obligado a montar, desnudos de medio cuerpo arriba los sacaron para servir de espectáculo al pueblo por todas las principales calles de la ciudad; y unos hombres destinados al efecto les aplicaron con unos largos látigos sobre los cuerpos desnudos y con la mayor crueldad, el número de azotes señalados. Delante de los sentenciados iban dos pregoneros gritando: "Mirad estos perros ingleses luteranos enemigos de Dios", y por todo el camino, algunos de los mismos inquisidores y de los familiares de aquella malvada cofradía gritaban a los verdugos: "Duro, duro a esos ingleses herejes, luteranos enemigos de Dios". Dado este horrible espectáculo en torno de la ciudad, los volvieron a la casa de la inquisición, con las espaldas chorreando sangre y llenas de verdugones, los apoaron de los caballos y los metieron de nuevo en la cárcel, donde permanecieron hasta que fueron enviados a España a las galeras para cumplir el resto de su condena. A mí y a los otros seis que entre los demás fuimos sentenciados a servir en conventos,

nos llevaron desde luego a las casas religiosas señaladas al efecto.

## CAPITULO VI.

Donde se cuenta cómo nos trataron en los conventos, y cómo, concluido el tiempo que debíamos servir en ellos, vinieron noticias de que Sir Francisco Drake andaba en el Mar del Sur; qué preparativos se hicieron para apresarle; cómo, tratando yo de escaparme, fui de nuevo preso y encarcelado en Veracruz, y de qué manera conseguí fugarme.

Yo Miles Philips, y Guillermo Lowe fuimos destinados a los frailes agustinos, quienes me nombraron capataz de los indios que trabajaban en la fábrica de la nueva iglesia. El trato con estos indios me hizo aprender perfectamente la lengua mexicana, y tenía yo gran familiaridad con muchos de ellos. Hallélos ser gente cortés y afable, hábiles y de buenos entendimientos. Aborrecen y detestan de todo corazón a los españoles, quienes han hecho con ellos horribles crueldades, y los mantienen todavía en tal sujeción y servidumbre que en tanto ellos como los negros están continuamente espionando la ocasión de sacudir el yugo y esclavitud en que los tienen los españoles. Guillermo Lowe fué destinado de ayudante del cocinero; Ricardo Williams y David Alexander fueron enviados a los frailes franciscanos; Juan Storie y Roberto Cooke a los dominicos; a Pablo Horsewel le tomó por criado el secretario. Tomás Huli fué a un convento de clérigos, (1) donde después murió. De esta manera estuvimos sirviendo los años a que nos habían sentenciado, llevando siempre nuestros sambenitos, y debemos confesar que los frailes nos trataron con mucha humanidad, pues cada uno de nosotros tenía su cuarto con cama y comida, todo muy limpio y arre-

(1) A monastery of priests, dice el original. Se trata probablemente de los jesuitas, establecidos en México pocos años antes, y a quienes el autor cree clérigos seculares, a causa del traje negro que usaban.

glado; porque en realidad los españoles y aun los frailes detestan y desaprueban aquella cruel Inquisición, y si se atrevieran lamentarían nuestros trabajos y los aliviarían como pudiesen; mas temen de tal modo a la diabólica Inquisición que no quisieran que la mano izquierda supliera lo que hace la derecha. Concluido, pues, el tiempo que habíamos sido condenados a pasar en el servicio de aquellas casas religiosas, nos llevaron de nuevo ante el primer inquisidor, nos quitaron los sambenitos y los clogaron en la iglesia mayor, con el nombre y sentencia de cada uno escritos en ellos, además de esta nota: "Hereje luterano reconciliado". Y también están allí colgados los sambenitos de los que fueron echados a galeras, con sus nombres y sentencias y la misma añadidura de "Hereje luterano reconciliado". Y están asimismo los de los tres quemados, con este otro letrero: "Hereje luterano, relajado por impenitente". Luego nos dejaron andar libres por la ciudad y acomodarnos como pudiéramos; pero no tan libres, que no supiéramos muy bien que había buenos espías observando todos nuestros pasos; de manera que nunca nos atrevíamos a hablar, ni a mirar de través. David Alexander y Roberto Cooke volvieron a servir al inquisidor, quien poco después los casó con dos negras suyas. Ricardo Williams se casó con una viuda rica de Vizcaya, que le trajo cuatro mil pesos. Pablo Horsewell está casado con una mestiza, nombre que dan a las hijas de español e india; y esta mujer con quien casó Pablo Horsewell, dicen que es hija de uno de los que vinieron con el conquistador Cortés; trájole en dote cuatrocientos pesos y una buena casa. Juan Storie está casado con una negra, y Guillermo Lowe obtuvo licencia para ir a España, donde está casado. Por lo que a mí toca, nunca pude resolverme a contraer matrimonio en aquella tierra, aunque me ofrecieron muchos buenos partidos de considerable riqueza; pero no me agradaba vivir en un lugar donde tenía yo que presenciar continuamente el ejercicio de otra religión, sin poder, so pena de la vida, hablar contra ella. Así es que conservaba yo siempre un vivo deseo de regresar a mi país natal; porque volver a las minas

donde podría juntar grandes riquezas, bien conocía yo que un día u otro había de ponerme de nuevo en peligro de caer en manos de la infernal Inquisición, donde perdería todo, y además la vida. Resolví, por lo mismo, aprender a tejer gorgoranes y tafetanes, para lo cual me ajusté con un tejedor de sedas, obligándome a servirle tres años, y le di ciento cincuenta pesos porque me enseñase su oficio, pues de otro modo habría tenido que estarme siete años en aprendizaje. De este modo vivía yo más tranquilo y sin dar lugar a sospecha, aunque los familiares de aquel tribunal me hacían muchas veces cargo de que pensaba huirme a Inglaterra y volver a ser hereje luterano; a lo cual respondía yo que no había que imaginario, porque a ellos les constaba que no tenía medio alguno de escaparme. Mas con todo, me hizo comparecer el inquisidor, y me preguntó por qué no me casaba; díjele que ya estaba comprometido en aquel oficio.

—Bien está, contestó el inquisidor; ya sé que piensas fugarte, y por lo mismo te ordeno so pena de ser quemado como hereje relapso, que no salgas de la ciudad ni te acerques al puerto de San Juan de Ulúa, ni a ningún otro. Respondí que obedecería de buen grado.

—Pues mira de hacerlo así, me replicó, y tus compañeros también, porque a todos se dará igual orden.

Me dediqué, pues, enteramente a mi oficio, y lo aprendí. Luego vinieron nuevas a México, de cómo ciertos ingleses habían desembarcado con crecida fuerza en el puerto de Acapulco, en el mar del Sur, y venían a saquear a México, cosa que causó gran temor, y muchos de los ricos comenzaron a ponerse a salvo con sus mujeres e hijos. En medio de tal confusión, el virrey mandó hacer muestra de todos los españoles de México, y se halló que había siete mil y tantas vecinos en la ciudad y sus barrios; mozos solteros, tres mil, y mestizos, que son los hijos de español e india, veinte mil. A mí Miles Philips, y a Pablo

Horsewell nos mandó llamar al virrey y nos preguntó si conocíamos a un inglés llamado Francisco Drake, hermano del capitán Hawkings; a lo que respondimos que el capitán Hawkings no tenía más que un hermano, hombre de unos sesenta años, que al presente era gobernador de Plymouth en Inglaterra. Y habiéndonos entonces preguntado si conocíamos algún Francisco Drake, contestamos que no.

Mientras esto pasaba, llegaron noticias de que los ingleses se habían ido; mas con todo, se juntaron ochocientos hombres en varias capitanías, y de ellos se enviaron doscientos al puerto de San Juan de Ulúa, en el mar del Norte, al mando de D. Luis Suárez; doscientos a Guatemala en el mar Sur, con Juan Cortés; otros doscientos a Huatulco, puerto en el mismo mar, capitaneados por D. Pedro Robles, y los doscientos restantes a Acapulco, donde se decía haber estado el capitán Drake. Iba por capitán de ellos el doctor Robles, alcalde de corte, y le acompañaba yo, Miles Philips, en calidad de intérprete, con licencia de los inquisidores. Al llegar a Acapulco nos encontramos con que hacía ya más de un mes que el capitán Drake se había marchado. A pesar de eso, nuestro alcalde de corte se metió inmediatamente en un pequeño barco de unas sesenta toneladas, llevando en su compañía otras dos barcas chicas, y no más de doscientos hombres en todo. Fui con él de intérprete, en su propio barco, que a fe mía era bien débil y mal pertrechado; de manera que si nos hubiéramos encontrado con el capitán Drake, de seguro que con la mayor facilidad nos hubiera apresado a todos. Una vez embarcados, dirigimos nuestra derrota al Sur, rumbo a Panamá, manteniéndonos lo más cerca posible de la costa, la cual llevábamos a la izquierda. Habiendo costado de ese modo durante diez y ocho o veinte días, y estando ya al Sur de Guatemala, encontramos por fin otros barcos que venían de Panamá de los cuales supimos con certeza que hacía más de un mes que Drake

había desaparecido de aquellas costas, y por lo tanto nos volvimos otra vez a Acapulco, (1) donde desembarcamos, viéndose el capitán obligado a ello, porque su gente estaba muy mala de mareo. Todo el tiempo que anduvimos en el mar del Sur estuve muy alegre, porque esporaba que si topábamos con Mr. Drake, nos cogería a todos, y de ese modo me vería libre del trabajo y peligro en que vivía, logrando volver a mi patria Inglaterra. Mas como no le encontramos, cuando me convencí de que no quedaba otro remedio, sino que precisamente habíamos de volver a tierra, nadie es capaz de comprender la pena y dolor que sentí interiormente, aunque me veía obligado a aparentar lo contrario. Habiendo, pues, desembarcado, emprendimos al otro día la marcha a México, y las principales ciudades por donde pasamos, fueron: primero, la ciudad de Tuatpec, a cincuenta leguas de México; luego Washaca (Oaxaca), a cuarenta leguas; después Tepeaca a veinticuatro; y por último Puebla de los Angeles, donde hay un gran cerro que arroja fuego tres veces al día, cuyo cerro está a diez y ocho leguas de México, casi al poniente. (2) Fuimos luego a Ixtapalapa, ocho leguas de México, y allí nuestro capitán y la mayor parte de los suyos tomaron canoas, en las cuales llegaron a México, después de haber estado ausentes cosa de siete semanas. El capitán dió cuenta al virrey de lo que había hecho, y hasta dónde había avanzado, habiendo obtenido informes seguros de que no se sabía nada del capitán Drake. A lo cual el virrey respondió y dijo: "No hay duda de que pronto vendrá a caer en nuestras manos, obligados a salir a tierra en un lugar o en otro, por alguna necesidad, porque estando en esos mares

---

(1) Parece evidente que aquí faltan algunas palabras o debe decir Huatulco en vez de Acapulco. En primer lugar el itinerario de partida fué Acapulco, siendo así que viniendo de Huatulco, no ofrece dificultad. Además, si el regreso hubiera sido a Acapulco, no se diría que el capitán se había visto obligado a ello, por estar enferma su gente, puesto que aquél era el puerto donde había salido y al que naturalmente debía volver.

(2) Ha de entenderse, al poniente de Puebla, y no de México, aunque sea ésta la ciudad que acaba de notarse, y a veces parece referirse la designación del rumbo.

del Sur, no es posible que salga de ellos; de manera que si no perece en el mar, el hambre le hará salir a tierra". El virrey volvió a mandarme que no saliera de la ciudad de México, sino que permaneciera en casa de mi amo, dispuesto siempre a partir una hora después de recibir la orden. A pesar de esto, apenas había pasado un mes, cuando con ocasión de ir unos españoles a Mecameca, diez leguas de México, a despachar unos cueros y granos de sus haciendas, y habiendo obtenido mi amo licencia del secretario para que yo los acompañase, me fuí con ellos, muy bien montado y provisto. En Mecameca pasamos algunos días hasta que tuvimos nueva cierta de que la flota estaba pronta a partir; viendo entonces que sólo me hallaba a tres jornadas del puerto de San Juan de Ulúa, me pareció que era la ocasión más oportuna para escaparme. Animábase a ello la circunstancia de saber perfectamente la lengua castellana, que hablaba yo como cualquier español, y pensaba que una vez llegado a San Juan de Ulúa, me sería fácil alistarme de soldado y llegar a España en la misma flota.

Así fué, que una noche de luna muy clara me salí secretamente, y cabalgando dos días y dos noches, a veces por el camino y a veces por despoblado, (1) en la noche del segundo día llegué a la ciudad de Veracruz, distante sólo cinco leguas del puerto de San Juan de Ulúa, donde estaba surta la flota. Me proponía descansar allí uno o dos días; mas no hacía media hora que me había apeado, cuando tuve la desgracia de ser aprehendido y llevado ante la justicia. Prendiéronme en la creencia de que era el hijo de un caballero de México, que se había huido de la casa paterna y era realmente a quien buscaban. Una vez preso y presentado a la justicia, hizo mucho ruido el negocio, y todos me acusaban de ser el hijo del vecino de México, lo cual negaba yo redondamente, afirmando no conocer tal hombre; mas no me creían sino que se empeña-

(1) Sometimes out, sometimes in, dice el original y el lector puede interpretarle a su gusto.

ban en que era yo el que buscaban, y al fin me llevaron a la cárcel. Para colmo de males sucedió, que cuando iba yo para ella, se halló entre la multitud un pobre vendedor de gallinas, quien dijo a los jueces, que cometían conmigo una injusticia, porque él sabía muy bien que yo era inglés y no español. Preguntáronle cómo lo sabía, y le amenazaron con meterlo conmigo en la cárcel, suponiendo que decía aquello porque era mi compañero y trataba de ayudarme a huir de mi padre. Entonces por defenderse se mantuvo firme en su dicho de que yo era inglés, y uno de los del capitán Hawkins, agregando que me había visto llevar el sambenito por tres o cuatro años continuos, entre los frailes agustinos de México. Oído esto le soltaron y comenzaron a preguntarme si era cierto lo que aquel hombre decía.

Viendo que no podía yo negarlo, y cerciorados de que me había escapado de México, y llegado allí con el objeto de huírme en la flota, me enviaron inmediatamente a la cárcel, muy apesorado, y descando que el hombre que me había conocido hubiera estado entonces a cien leguas; pues aunque en realidad tuvo lástima de mi situación desesperada, y creyendo que con decir eso y que me conocía, iba a librarme del peligro en que me vió, lo cierto fué que contra su intención me puso en el mayor riesgo y peligro de mi vida; pero no quedaba otro remedio sino tener paciencia de mal grado. Apenas me metieron en la cárcel, me echaron un gran par de grillos, y así permanecí tres semanas en la cárcel, donde había otros muchos presos, encerrados por diversos delitos y condenados a galeras. Durante el tiempo de mi prisión, encontré entre mis compañeros algunos que antes me habían conocido en México, los cuales se compadecían sinceramente de mí, y me favorecían con algo que reservaban de su comidas y de lo demás que conseguían. Entre éstos había uno que me dijo saber por un amigo oculto que venía a verle con frecuencia a la cárcel, que pronto me enviarían otra vez a México en una ca-

rota, tan luego como la flota saliese de San Juan de Ulúa para España. Este pobre compañero por su propio movimiento y sin que yo le pidiese nada, hizo que el dicho amigo, que a menudo venía a vernos a la reja y a traernos vino y comida, le comprase dos cuchillos con limas en el lomo, cuyas limas eran tan buenas, que bastaban para que cualquier preso limase sus hierros. Trájome uno de esos cuchillos, diciéndome que le había mandado hacer para mí, y me lo cedía por el mismo precio que le costaba, que eran dos pesos o sean ocho chelines de nuestra moneda. Luego que tuve el cuchillo, me llené de gozo y le oculté en la bota, en el interior de la pierna izquierda. Tres o cuatro días después de haberle recibido, me llamaron repentinamente y me llevaron ante el corregidor, quien hizo me quitasen la barra de grillos, y mandó traer de casa de un herrero de la ciudad un nuevo par hecho para mí, de otra figura, con una gruesa barra de hierro entre las argollas. Dispuso también que me asegurasen las manos con unas esposas, y en seguida me pusieron solo en una carreta que estaba pronta a salir para México con otras más, hasta el número de sesenta, cargadas todas con diversas mercancías llegadas de España en la flota.

La carreta en que yo iba caminaba por delante de las demás, y de camino, como yo estaba solo, empecé a probar si podía sacar de las esposas las manos, y quiso Dios que por estar mis manos tan flacas, conseguí sacarlas y volverlas a meter, aunque a costa de algunos dolores; de suerte que siempre al ir andando, cuando la carreta hacía más ruido y los carreteros estaban más ocupados me empleaba en limar los grillos. Habiendo caminado por espacio de ocho leguas desde Veracruz llegamos a un cerro alto, y al comenzar la subida quiso Dios que se rompiera una de las ruedas de mi carreta, y con tal motivo se adelantaron los otros. El carretero que me cuidaba trajo un indio carpintero para que remendara la rueda, y ellos se fueron a comer a una venta que una negra tenía allí. En este paraje, por ser muy pendiente la

subida durante más de dos leguas, acostumbraban siempre, tomar las mulas de tres o cuatro carretas, y las ponen todas a una sola para subirla; vuelven luego a bajar, y por el mismo orden van subiendo las demás. Todo sucedió a maravilla, porque al cerrar la noche, cuando ya casi todos los carreteros se habían ido a subir las carretas, viéndome solo, acabé prontamente de limar los grillos, y aprovechando la ocasión de la oscuridad, antes que los carreteros volvieran a bajar, me escapé y me metí en los bosques inmediatos, llevando conmigo los grillos, las esposas, un poco de galleta y dos quesos pequeños. Entrado al bosque, arrojé mis hierros en un matorral espeso, y habiéndolos cubierto con musgo y otras cosas, caminé solo como pude toda la noche. De esta manera, con el favor de Dios, me deshice de mis hierros, excepto la argolla que llevaba al cuello, y cobré por segunda vez mi libertad.

## CAPITULO VII

En que se cuenta cómo sañ de Guatemala, en el Mar del Sur y de allí fui al Puerto de Caballos, donde tomé pasaje para España; cómo allí estuve otra vez a punto de ser preso, y por la misericordia de Dios pude escapar volviendo salvo a mi patria Inglaterra en febrero de 1582.

Amaneciendo el nuevo día, a la primera luz del sol, advertí el camino que debía tomar para escapar de sus manos, porque cuando me huí entré en los bosques a la izquierda, y habiendo dejado el camino de México a la derecha, determiné tomar el rumbo mismo de los bosques y montañas, tan directamente al sur como me fuese posible, de cuya manera estaba yo seguro de alejarme de aquel camino que va a México. Yendo, pues, por los bosques, vi al Norte muchas grandes lumbradas, a no más de una legua de la montaña donde yo estaba, y caminando a pie, con mi argolla de hierro al cuello y mi pan y queso, encontré en la misma mañana una partida de indios que andaban cazan-

do venados para mantenerse. Háblés en lengua mexicana, díjeles cómo los crueles españoles me habían tenido mucho tiempo preso, y les rogué me ayudasen a limar mi collar de hierro, cosa que hicieron de muy buena gana, alegrándose mucho conmigo de que hubiese yo salido del poder de los españoles. Pedíles luego que me diesen uno de ellos mismos para que me guiase por aquellos montes desiertos hacia el Sur, lo cual también hicieron de buena voluntad, y de esa manera me llevaron a un pueblo de indios, ocho leguas de allí llamado Shalapa, donde me detuve tres días, porque estaba yo algo enfermo. En este punto con el oro que había yo cosido en el forro de mi jubón, compré a uno de los indios un caballo que me costó seis pesos, y caminando al Sur, dentro de dos leguas alcancé a un fraile franciscano a quien había yo conocido mucho en México y sabía que era un buen religioso, que lamentaba la crueldad usada con nosotros por los inquisidores, y ciertamente me trató con gran benevolencia. Teniendo, pues, confianza en él, le dije que mi intención era probar a salir de aquella tierra, si hallaba embarcación, y por tanto le pedía su auxilio, noticias y consejos para lograrlo. Así lo hizo con toda puntualidad, no sólo informándome del camino más seguro que podía tomar, sino acompañándome él mismo por espacio de tres, y siempre que pasábamos por pueblos de indios, quienes nos trataban y mantenían bien, recogía algo entre ellos, hasta juntar veinte pesos, que al tiempo de separarnos me entregó generosamente. Así llegué a la ciudad de Guatemala, que dista de México unas doscientas cincuenta leguas, y me detuve en ella seis días, porque mi caballo estaba cansado. Continué luego mi camino, siempre al Sur y al Sudoeste, durante siete jornadas, pasando por ciertos pueblos de indios, hasta que llegué a uno distante trescientas nueve leguas de México, rumbo directo al Sur. Preguntando allí cómo podría ir al Puerto de Caballos, en el mar del Nordeste, me dijeron que en aquel camino no hallaría pueblo alguno en diez o doce días, por lo cual alquilé dos indios guías y compré gallinas para mantenernos durante

tán largo tiempo. Llevamos también lo necesario para encender fuego todas las noches, tanto por causa de las fieras, como para guisar nuestra comida. Cada noche, cuando parábamos, los guías indios acostumbraban hacer dos grandes lumbres, y en medio de ellos nos colocábamos nosotros con mi caballo; durante la noche solíamos oír los ruidos de los leones, tigres, onzas y otros animales, y a veces los veíamos en la oscuridad con unos ojos como ascuas. A los doce días del viaje llegamos por fin a Puerto Caballos, en el mar del Este, distante de Guatemala doscientas leguas al Sudoeste, y de México cuatrocientas cincuenta próximamente. Es un buen fondeadero para barcos, y no tiene castillo ni baluarte. Despedidos mis guías bajé al puerto, donde vi unos buques cargados principalmente de vinos de Canarias; allí hablé con uno de los maestros, quien me preguntó de dónde era yo. Respondíle que de Granada, y me contestó que según eso éramos paisanos. Le propuse que me llevase a España en su barco, pagando mi pasaje, y dijo que estaba conforme con tal de que le presentase un salvoconducto, o documento por el cual viese que no corría peligro en llevarme, pues decía él que pudiera ser que yo hubiese muerto algún hombre o estuviese adeudado y por eso me quisiera huir. Aseguréle que no había nada de eso; y por último, convenimos en que por sesenta pesos me llevaría a España. Me puse muy alegre con esta buena fortuna, e inmediatamente vendí mi caballo y compré mi provisión de gallinas y pan para la travesía. Dos días después nos dimos a la vela y no nos detuvimos en alguna parte hasta llegar a la Habana, que del puerto de Caballos dista por mar quinientas leguas. En la Habana encontramos toda la flota española que regresaba de las Indias, y allí me ajusté de soldado para servir en el navío almirante en que iba el general. Mientras estuve allí, llegaron de España cuatro barcos llenos de soldados y artillería; dejaron allí mismo doscientos hombres y cuatro piezas grandes de bronce, a pesar de que el castillo estaba ya suficientemente artillado; otros doscientos hombres fueron enviados a Campeche con artillería; doscientos a la Flori-

da, también con artillería, y cien por último a San Juan de Ulúa, donde tienen suficientes cañones, y de los nuestros, es a saber, de los que teníamos en el "Jesús" y de los demás que habíamos puesto en el lugar donde el virrey hizo traición a nuestro general Mr. Hawkings, como queda referido. El envío de estos soldados a cada uno de los puntos dichos, era por orden del rey de España, quien al mismo tiempo escribió al general de su flota, mandándole también la derrota que había de seguir para volver a España decíale que por ningún motivo se acercara a las islas Azores, sino que se mantuviera más al Norte, y le daba noticia del número y fuerza de los buques de guerra franceses que D. Antonio (1) tenía entonces en la tercera y en las islas dichas. El general, bien considerado todo, y la gran suma de riquezas que debía llevar a España, guardó y obedeció puntualmente todo lo mandado porque en verdad, tenía en la dicha flota treinta y siete buques, y en cada uno había treinta barricas de plata, uno con otro, además de gran cantidad de oro, grana, azúcar, cueros, cañafistola, con otras drogas de botica. Nuestro general, que se llamaba D. Pedro de Guzmán, proveyó y puso buena orden en todo, hasta donde pudo, para la mejor fuerza y defensa, por si fuera necesario, y mandó, so pena de muerte, que ningún pasajero no soldado entrase a bordo sin su espada y arcabuz, con pólvora y balas, a fin de hallarse en mejor estado de resistir a la flota de D. Antonio, si le acontecía encontrarla, o alguno de sus buques, y siempre que el tiempo estaba bueno, el general mismo solía pasar de un barco a otro para cerciorarse de que cada hombre estaba provisto como él lo había ordenado. Mas, si he de decir con verdad mi opinión, dos grandes buques de guerra buenos habrían hecho gran destrozo en nosotros, porque en toda la flota no había buques fuertes y bien pertrechados

---

(1) Es decir, D. Antonio, prior de Crato que disputaba a Felipe II la corona de Portugal, y que después de sus derrotas se había refugiado en aquellas islas, donde se apoyaba en una escuadra francesa. Pocos meses después, en Julio de 1582, el Marqués de Santa Cruz derrotó completamente esa escuadra y D. Antonio tuvo que huir a Francia, donde murió oscuramente en 1593.

sino los del almirante y vicealmirante y además de la flaqueza y mal avío de los otros, estaban todos tan cargados, que si se vieran acometidos, les fuera imposible resistir mucho tiempo. Sea como fuere, así dimos a la vela, y tuvimos magnífica travesía de vuelta, según fué el tiempo de contrario. Tomamos rumbo al Nordeste, y nos remontamos hasta los 42 grados de latitud, para estar seguros de no tropezar con la flota de D. Antonio. Gastamos en el viaje desde el 4 de junio hasta el 10 de setiembre sin ver tierra alguna, hasta que llegamos a las arenas gordas cerca de Sanlúcar. Dióse allí orden de que nadie saltase a tierra sin licencia, y en cuanto a mí, conocíome uno del buque, quien dijo al maestre que era yo inglés. Fortuna mia fué que acerté a oírlo, que de lo contrario me costara la vida. A pesar de eso, no me di por entendido, sino que me mostré muy alegre y regocijado de nuestra feliz llegada. A poco vino la licencia para que desembarcásemos e insistí para ir con los primeros; pero el maestre llegó y me dijo "¡Hola! vos habéis de ir conmigo por agua a Sevilla". Comprendí muy bien que trataba de ofrecirme por víctima al Santo Oficio, porque el celo ignorante de algunos de estos superatiosos españoles es tal, que piensan haber servido mucho a Dios cuando han traído algún hereje luterano al fuego en que le han de quemar, y por tales nos tienen. Como sabía bien todo esto, me propuse no dar lugar a sospecha, sino que continué muy contento; pero veía que era llegada la hora de proveer a mi seguridad. Espié, pues, la ocasión de que el maestre estuviese durmiendo en su camarote, y me descolgué por los obenques al bote del barco; no perdí tiempo en cortar el cabo que le detenía, y halé por el cable hasta la ribera, donde salté a tierra y dejé que el bote se fuera por donde quisiese. De esta manera con el favor de Dios, escapé aquel día, y no me detuve un instante en Sanlúcar, sino que toda la noche anduve por el camino que había visto tomar a otros que iban a Sevilla, a donde llegué a la mañana siguiente. Busqué luego un maestro con quien ejercitar mi oficio, que era el de tejer tafetanes, y habiéndome acomodado, me dediqué a mi trabajo,

sin atreverme a salir para nada a la calle, temiendo ser conocido.

Estando de este modo, a los cuatro días oí decir a uno de mis compañeros, que según le habían contado, se buscaba con gran empeño a un inglés venido en la flota. "Vaya un hereje luterano, dije yo; ojalá le conociera, que de seguro le entregaría al Santo Oficio". Y continuaba yo de puertas adentro en mi trabajo, fingiéndome algo malo y diciendo que quería yo trabajar todo lo posible para comprarme vetidos. Al cabo de tres meses de esta vida, pedí mis salarios y me compré ropa nueva, totalmente diversa de la que traía a bordo; mas con todo no me atreví a salir mucho, hasta que supe que en Sanlúcar estaban unos buques ingleses con destino a Inglaterra. Tomé entonces un bote y fui a uno de ellos, a cuyo maestre pedí que me llevase consigo a Inglaterra, y en secreto le descubrí que era yo uno de los que el capitán Hawkings había echado a tierra en las Indias. Me suplicó muy cortesmente que le excusase, porque no quería tener que ver nada conmigo, y por tanto me rogaba que me volviese por donde había venido. Oyendo esto me despedí de él lleno de tristeza y no sin lágrimas. Fuime en seguida al Puerto de Santa María, tres leguas de Sanlúcar, y me alisté de soldado en las galeras del rey que iban a Mayorca. Llegados allá en los últimos días de la Pascua de Navidad, encontré dos buques ingleses, uno de Londres y otro del país de Gales, que estaban ya cargados y listos, aguardando sólo viento favorable para partir. Me dirigí al maestre de uno de ellos, que era de Gales, y le conté que había estado en España dos años para aprender la lengua, y que ahora deseaba volver a mi país a ver a mis amigos, porque me faltaban medios de vivir. Hablando, pues, ajustado mi pasaje, nos dimos a la vela, y de este modo por la bondad de Dios Todopoderoso, después de diez y seis años de ausencia, y de haber pasado muchos y grandes trabajos y calamidades de diversas especies, según en esta relación se ha contado, volví a mi patria Inglaterra en el mes de febrero de 1582, en el buque llamado el "Lendret", y desembarqué en Poole.